

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LOS HOSPITALES DE CUBA
(1523 a 1899)

S U M A R I O

I. Ambito y población. II. Osmosis generosa. III. Pocos médicos y en tránsito. IV. Primer hospital de Cuba. V. Primer hospital habanero. VI. Otros hospitales habaneros. VIII. Hospital Real de San Felipe y Santiago. VIII. Hospital de San Francisco de Paula, para mujeres. IX. Hospital Leprosorio de San Lázaro. X. Primera Convalecencia de Cuba. XI. Hospitales emergentes. XII. Hospital Militar de San Ambrosio. XIII. Hospital de San Dionisio, para mentales. XIV. Hospital de Dementes de Cuba. XV. Hospital de Nuestra Señora de las Mercedes. XVI. Otros hospitales militares españoles. XVII. Hospitales del interior del país. XVIII. Primer hospital de Fiebre Amarilla del Mundo. XIX. Hospital Cubano Ofelia, de Marianao. XX. Hospital Cubano, de San José de las Lajas. XXI. Hospital Cubano, de Nueva Paz. XXII. Hospitales de Sangre Mambises.

Notas. Bibliografía. Indice.

I. AMBITO Y POBLACIÓN

Como tantas veces se ha repetido y a causa de la falta de un verdadero hombre fósil americano, se calcula que América se pobló por sucesivas transmigraciones y que los primeros seres humanos que llegaron a este Continente, hace unos 20,000 años,⁽¹⁾ fueron realmente quienes lo descubrieron.

En 1958.⁽²⁾ George A. Bender, en un estudio sobre la Medicina Primitiva, registró la opinión de algunos antropólogos respecto de la introducción del hombre en América, que creen se hizo cruzando, durante la prehistoria, un puente natural que unía el Asia con América.

Otros opinan que la difusión humana en suelo americano se verificó de norte a sur, desde las zonas más australes de este hemisferio, las cercanas al estrecho de Bering e islas Aleutianas, por donde, a vado sobre el hielo o navegando en los más elementales medios, los primeros descubridores de América llegaron hasta Alaska, para desde esa zona noroeste, alcanzar las regiones más antárticas de América del Sur, en Tierra del Fuego. Una vez asentados los primeros hombres en el Nuevo Mundo

continental, su emigración se fue extendiendo lentamente a los archipiélagos que circundan la tierra firme, entre ellos las Antillas, adonde llegaron, con casi seguridad, de sur a norte, de Brasil y Venezuela, hasta las islas de este Archipiélago⁽³⁾

Por lo que a Cuba se refiere, se cree que su población sucesiva o simultánea, por nuestras tres razas aborígenes, se verificó durante un período de tiempo comprendido entre los años 12,000 a 6,000 anteriores a la era vulgar, “mucho antes de que en Egipto se levantara las Pirámides y la Esfinge”.⁽⁴⁾

Pero, hasta Colón, estas tierras fueron un arcano para la humanidad del Viejo Mundo, ya que, para el evidente conocimiento europeo de América, hizo falta que se produjera su primer viaje, pues aunque hoy se sepa que, aparte el descubrimiento primigenio de los aborígenes, hubieron otras incursiones asiáticas y europeas anteriores a la llegada de los españoles, no dejaron conocimiento útil.

W. L. Vallete⁽⁵⁾, sin dejar de considerar este hecho uno de los grandes misterios de la Humanidad, apoyado en los testimonios aducidos por Harold T. Wilkins en *Los misterios de la antigua Sur-América*, de A. Hyat Verill en *El indio americano* y de G. Eliot Smith y J. W. Perry en *Migraciones del hombre primitivo e Hijos del Sol*, considera que este Continente fue conocido por los fenicios, primero y por los egipcios, seguidamente; recuerda que el mismo Harold T. Wilkins, en *Ciudades Secretas de América*, habla de los viajes de los frisios, un pueblo teutón; señala la posible llegada a estas costas atlánticas de embarcaciones judías que condujeron a Santo Tomás, primero y a San Bartolomé, después; registra los viajes de los hindúes, referidos por Edward P. Vining en *Un Colón sin gloria*, donde describe las travesías de Hee-Li, en 217 a. de n. e. y el de Hwni-Shan, un afgano, monje budista, que recorrió lo largo de la costa pacífica del Continente, desde el Estrecho de Bering a México y relató su viaje; consigna la opinión de William Goowin en *Irland it Mikla, (Una Irlanda Mayor)*, sobre los viajes de los irlandeses; rememora los recorridos de los Vikings escandinavos, como el de Leif, el año 1000 de nuestra era y relaciona con este conocimiento la estancia de Colón, en 1447, en Islandia, donde debió oír en las sagas la descripción de las tierras de Vinlandia, descubiertas por Leif y cuya existencia también constaba en Roma, comunicada por San Ferghil, obispo irlandés de Salzburgo, al papa San Zacarías (741-752).

De todo este cúmulo de aportaciones históricas, las que parecen más verosímiles son las referentes a las exploraciones noruegas e islandesas. Está reciente en Cuba la publicación de un trabajo de Gordon Cooper⁽⁶⁾, donde se acumulan datos que hacen pensar que, si no el territorio continental americano, por lo menos la gran isla o subcontinente de Groenlandia fue lugar explorado por el hombre europeo antes de Colón.

Cooper aduce, en favor de su tesis, estos datos sugestivos: El nombre Groenlandia, que significa Tierra Verde, porque el 15 por ciento de la isla no está perpetuamente cubierto de hielo, sino que es rico en pastos

y vegetales, “verdes valles sinuosos, las laderas de cuyas quebradas lomas están cubiertas de hierba, setos vivos y maleza, donde crecen hasta una altura de 30 pies, sauces y abedules.” “En 1261, Groenlandia devino colonia de Noruega”, “En Igoliko, cerca de Lulianehaab, están las ruinas de la iglesia catedral de San Nicolás, donde, en 1126, los colonos vikingos fundaron la sede de su obispo y, según la costumbre islandesa, celebraban su Parlamento anual.” “En Karkotok está la “Iglesia Blanca”, [...] que probablemente fue edificada en el Siglo XII.” “Fue Erico Thorvaldsson—popularmente conocido como Erico el *Rojo*, por su cabellera roja como una llama—, quien fundó la primera colonia de europeos en Groenlandia”, “Vivía en Islandia y fue puesto fuera de la ley por haber dado muerte a un vecino. Acompañado por su familia y esclavos, zarpó Erico hacia el oeste, por el 982 y llegó a Groenlandia”. “Hacia el año 1000, Leif, *el Dichoso*, hijo de Erico, regresando a su Groenlandia, desde Noruega, erró el camino y siguió navegando adelante hasta llegar a un extraño país nuevo. Ahora sabemos que ese país era América del Norte, pero Leif Ericsson le puso por nombre Vinlandia. o tierra de la vid, por las moras y otras frutitas que halló allí. Cuando llegaron a Groenlandia las nuevas de su descubrimiento, se equiparon varias expediciones para colonizar la nueva tierra, pero esos establecimientos fueron destruidos en la guerra con los indios pieles- rojas. Ya los historiadores no niegan que los vikingos descubrieron América quinientos años antes que Colón”.

“En una carta fechada en 1448, a los obispos de Islanda, el papa Nicolás V (1447-1445, M.P.V.) deplora los infortunios que han caído sobre el pueblo de Groenlandia, muchos de cuyos habitantes han sido muertos...”

“En otra carta, escrita 44 años después, por el papa Alejandro VI, (1492-1503, M. P. V.), menciona que no ha habido un sacerdote residente en Groenlandia durante cerca de 80 años y que el cristianismo casi se había extinguido.”

Volviendo a Vallete, este autor resume su indagación así: “Los descubrimientos chinos e irlandeses, han quedado probados fuera de toda duda. Los descubrimientos fenicios y egipcios casi han sido probados en igual medida; los efectuados por romanos y frisones, son muy probables, y los de indios y sumerios, posibles, si no probables.”

Pero, aunque se acepten los viajes de Erico *el Rojo* y Leif Ericson, como acabamos de ver ocurridos cuatro siglos antes del de Colón, de ellos no se difundió relato válido sobre lo que eran y había en tierras americanas, no sirviendo, por tanto, para que en Europa se lograra noción de la existencia de América y menos para que América se enterara que, al otro lado del Atlántico, habían otras tierras, otros pueblos y otras culturas. El bote que se conserva⁽⁷⁾, cuya intervención en los recorridos de los vikingos por los mares sub-árticos no todos los historiadores consideran de indudable autenticidad, no nos puede contar a lomos de qué olas viajó, ni en qué dársenas atracó, como nada dirían

las cuadernas y arboladuras conservadas de las famosas carabelas colombinas, sin los relatos y testimonios auténticos de los hombres que en ellas vinieron hasta nuestras playas. De ahí, que se consideren los ojos de Rodrigo de Triana como los primeros europeos que contemplaron ciertamente las tierras americanas a fines del siglo XV y que nada anterior al viaje de Cristóbal Colón, sea evidente y probado, con potestad histórica suficiente, en lo que respecta al conocimiento de América, para los hombres del Viejo Mundo.

Además, la realidad americana anterior a Colón, el mundo indígena milenario ya en el siglo XV, lo conoceríamos más tarde merced a los hombres estudiosos que siguieron al inspirado navegante genovés, imitando sus periplos y buscando singular hacia otros horizontes y cubrir nueva? rutas terrestres, armados de mayor cultura, mejores medios y más tiempo que los dispuestos por el Almirante y a los que la Historia debe sus conocimientos contemporáneos sobre las "Indias" occidentales, los hombres que entonces las poblaban y las culturas multiseculares que ellos poseían, pasmo de los descubridores y legítimo orgullo patrimonial de la América precolombina. Salvador Massip⁽⁸⁾, lo describió así: "La Europa occidental, en su proceso expansivo, se encontró en la América recién descubierta, con dos civilizaciones, que causaron profunda impresión en los descubridores. Fueron la civilización azteca en América del Norte, y la incáica, en la América del Sur, a las que hay que agregar la civilización maya, en la América Central, cuyo período más brillante había pasado ya; pero de la cual se conservaban vivos recuerdos y hermosos monumentos".

Franceses, holandeses e ingleses llegaron a las costas americanas con posterioridad al arribo de Cristóbal Colón. Sus expediciones tuvieron como meta llegar a tierras relatadas ya, movidos por más acusada codicia por lograr las riquezas descritas, fantásticas para la realidad misérrima del muriente medioevo europeo; ya sin el riesgo delirante de la empresa española avanzando hacia lo desconocido, lo nuevo, impulsada por el afán de gloria íntimo y tal vez inconsciente de todo experimento científico, sumergida en la posible *re-creación* que todo descubrir lleva inherente, con un sentido posesivo, carnal, rigurosamente masculino, de develar por vez primera la pureza de lo virginal, lo jamás visto por otros ojos, glorioso almacén espiritual y deportivo que sirvió de impulso promotor a la premonición colombina, cualesquiera fueran los fines remotos⁽⁹⁾ que la condicionaron por quienes la financiaban sin apenas íesgo económico cuantioso de su parte y con indudable y pingüe dividendo de inmortalidad universal a costa del éxito del navegante genial.

Es interesante pensar en dónde Colón inicia su decisión de emprender la exploración asiática que devino en americana. Dijimos que Colón estuvo en Islandia, en 1447 y que allí, al tener conocimiento de las exploraciones vikingas, pudo concebir su proyecto, pero, recientemente, en nuestros medios cultos causó justificada impresión un ensayo de Julián Orbón⁽¹⁰⁾, donde difunde los trabajos de Adolf Schulten, acerca

del descubrimiento de Tartesos, la ciudad bíblica Tharsis y su posible gravitación sobre la actividad del futuro Almirante, pues en la ribera onubense, entre el Betis, (Guadalquivir), y el Tinto, estuvo Tartesos, de donde partían y adonde regresaban las flotas de que habla el Antiguo Testamento, cargadas de oro, plata, marfil y bestias curiosas y desde ese mismo lugar, donde está Palos de Moguer, es desde donde partió Colón en busca de riquezas, después de estar en el convento de La Rábida, situado cerca de donde estuvo el altar de la diosa Inferna, frente a la laguna Averna, la Palos Erebea, de cuya existencia da noticia Estrabón al describir el estuario del Tinto.

Curiosa la asociación que Orbón resalta entre leyenda, poesía, protohistoria, prehistoria e historia, atribuyendo la orientación colombina a premoniciones tartesianas, estrictamente mediterráneas.

En resumen, por lo que se refiere a la concepción y ayuda del primer viaje español, hay que convenir que sin Colón y sin América, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón no hubieran brincado desde su angosto rincón peninsular al ámbito universal de la historia, por muchas que hubiesen sido sus tareas y gloria domésticas. Su fulgor es reflejo de la luz que América proyectó sobre sus personas para incorporarlas a la historia del mundo.

Esta apreciación no merma en nada la gloria conseguida por los Reyes Católicos, pero aspira con justicia a exaltar el rol singular de América en el desarrollo del progreso y la cultura del mundo. Por otro lado, las extraordinarias condiciones del peninsular nadie ni nada pueden opacarlas.

Pero, esas luminosas condiciones españolas para iniciar o crear, quiebran al necesitar de la acción mantenida y perseverante, para el trabajo continuado hacia un fin. España pudo conquistar, falló al gobernar. Por esta vía se llegó rápido a la angustia colonial, la característica del gobierno de esas tierras nuevas, impotentes frente a la conducta orgullosamente estúpida de la Península, verdadero quiste europeo encerrado entre sus dos mares y los Pirineos, ajeno al mundo todo, hasta el mismo americano que le pertenecía y dependía, regido por lo que Marañón llama certeramente *despreocupación por lo universal*[^], a lo que atribuye la ausencia del interés que los españoles sentían por este Continente, valeroso sólo para los peninsulares que de aquí esperaban la solución de sus problemas personales o políticos. Lo que sintetiza el maestro Antonio Machado,⁽¹²⁾ en sus versos:

*“Castilla miserable, ayer dominadora,
Envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora”.*

Sin embargo, no todo podía permanecer esperando angustiosamente la provisión, ya que no la previsión del gobierno de España. Y capítulo por excelencia de atención inaplazable, fueron los hospitales, cuya fundación, por necesidad, es coetánea de los primeros viajes y fue recomendada por reyes y papas desde la llegada de Colón.